

SUMARIO

Crónica general, por Niemand; pág. 225. — Inglaterra y Transvaal (continuación), traducción por el señor Marqués de Zayas, comandante de Estado Mayor; pág. 227. — Avance y fuego de la infantería en el combate (continuación), por E. Degiorgis, mayor general italiano, traducido por don Narciso Martínez y Aloy, capitán de Infantería; pág. 234. — La campaña de Napoleón en Italia, por el coronel, conde Yorck de Wartemburg (continuación); pág. 237.

Pliegos 29 y 30 del tomo III del DICCIONARIO DE CIENCIAS MILITARES, por don Mariano Rubió y Bellvé, comandante de Ingenieros.

ESTUDIOS SOBRE LA DIRECCIÓN DE TROPAS, por J. V. Verdy du Vernois, general de Infantería, traducidos del alemán por el marqués de Zayas, comandante de Estado Mayor. Pliegos 1 y 2 del cuaderno segundo.

CRONICA GENERAL

LA MOVILIZACIÓN. — OPERACIÓN DE ÍNDOLE COLECTIVA. — NUMEROSO PERSONAL QUE INTERVIENE EN ELLA. — PRECISIÓN CON QUE HAN DE ESTAR ESTUDIADOS SUS DETALLES. — LA CIRCULACIÓN DE LAS ÓRDENES — TRANSPORTES QUE SE DERIVAN DE LA MOVILIZACIÓN. — SU DIFICULTAD GRANDE. — LAS MODAS MILITARES. — RESURRECCIÓN COMPLETA DE LAS AMETRALLADORAS. — ORGANIZACIÓN DE LOS GRUPOS ALEMANES DE ESTA ARMA.

Uno de los asuntos militares más descuidados en nuestro país es el que á la movilización corresponde. Claro es que todos los militares conocen al dedillo lo que es la movilización del ejército y el influjo que ejerce en la suerte de las guerras; pero este conocimiento es de índole exclusivamente personal, individual, sin que la colectividad ejército reporte de tal conocimiento ventaja alguna. La movilización no es un acto de inteligencia ni de energía, sino un acto de orden. En él intervienen multitud de personas, autoridades de todos los brazos, funcionarios públicos y privados de todas las jerarquías. Ahora bien, para que una operación colectiva realizada por y con elementos tan numerosos y heterogéneos se lleve á cabo con relativa perfección, es preciso que todos los detalles se encuentren tan estudiados que absolutamente no haya nada que prever en el momento de realizarla. Quizá nuestro *Reglamento de transportes* fija alguna de las reglas necesarias para la movilización al hablar de los transportes estratégicos; no nos tomamos la molestia de dejar la pluma para hojearlo. En efecto, ¿qué importaría que el reglamento comprendiese *algunos* detalles de la movilización sino los fijaba *todos*, absolutamente todos? ¿Y qué importaría aún—y esto es lo más grave—que abarcase todos los detalles necesarios si el público militar no los conocía colectivamente, si no los ejercitaba prácticamente y si la población civil los desconocía por completo?

Hemos deplorado varias veces en estas páginas el hecho indiscutible de que nuestro ejército no es un ejército moderno, y aquello que á la movilización se refiere es quizá la mejor piedra de toque para reconocerlo. Nadie desconoce que

si, por desgracia, la nación tuviera que ponerse inesperadamente—como siempre—sobre las armas, el barullo que se armaría sería colosal; pues si está previsto todo lo relativo al modo de coser las sumarias, si está minuciosamente legislado todo lo referente al uso del bastón de mando, si hay una nube de disposiciones que determinan todo lo pequeño, lo nimio, lo superficial, no hay quien se acuerde para nada de cómo se enviaría el ejército á la frontera.

Para que la movilización resulte ordenada todo estudio es poco. La orden del ministro á los jefes de región ha de estar redactada. Ha de estar previsto si el ministro de Gobernación ha de darla á sus subordinados ó debe callarse—como es mejor—evitando así el exceso de trabajo del telégrafo. Han de tener redactadas los jefes de región sus órdenes á las autoridades, y saberse cuáles de estas órdenes marcharán por telégrafo y cuáles por medio de propios ó por la guardia civil. Debe no olvidarse distinguir por los colores de las licencias cada uno de los períodos de las reservas, para que cualquiera pueda encarrilar á los reclutas, y así, sucesivamente, tener establecidos hasta los detalles más insignificantes para que cualquier español pueda saber sus deberes con la simple lectura de la lacónica orden de movilización.

Los transportes militares por ferrocarril que de la movilización se derivan son de índole tan compleja y difícil que nosotros no comprendemos nunca cómo podrán realizarse bien sin haberse ensayado convenientemente y sin tener personal militar suficiente afecto desde tiempo de paz á este servicio. Hemos de hacernos cargo de que las organizaciones militares han sufrido en todas partes profundas modificaciones y que cosas que tenían importancia ya no la tienen hoy, mientras que otras, ayer desconocidas, prevalecen sobre aquéllas. Hagamos todos un esfuerzo para preocuparnos menos de la organización del personal y más de la preparación para la guerra, y de seguro que con esto ganará el prestigio del ejército ante la nación que está llamado á defender, y ante el mundo entero también, que quizá no ha olvidado nuestros desastres tan fácilmente como nosotros.

*
* *

Las *modas* militares son como las de los trajes: no hay sombrero, prenda ni tela que no vuelvan á aparecer después de un eclipse más ó menos prolongado. Hoy cargamos las armas por la culata, como se hacía al principio de introducirse las de fuego y resucitamos siempre cosas que creíamos desacreditadas casi por completo. El general Brialmont quiere, con otros ingenieros, hacer revivir las minas clásicas, la guerra subterránea, las contraminas de sistemas mejor ó peor combinados y trazados. La ametralladora también, desvalida después de 1870-71, cuando tantas esperanzas tenían puestas en ellas los franceses, va adquiriendo cada día más pujanza y, ¡quién lo diría!, los alemanes, que hace treinta años se burlaban de ellas, son ahora entusiastas de esta arma, capaz de vomitar sin descanso millares de proyectiles.

El presupuesto de Alemania de 1901 á 1902 comprende, en efecto, una partida destinada á crear una sección de ametralladoras en cada cuerpo de ejército, si bien al principio se limitará á cinco el número de estas secciones. Estas secciones de ametralladoras (*Maschinengewehr-Abtheilungen*) formarán parte del arma de infantería y estarán afectas á un batallón de línea ó de cazadores. Su

personal estará constituido por un capitán y dos subalternos, con 9 suboficiales, 58 soldados, 34 caballos de tiro y 9 de silla. La tropa usará la carabina y los suboficiales la pistola automática, además del sable.

Indudablemente, lo que se quiere hacer con esos destacamentos es un ensayo real de las ametralladoras en las grandes maniobras, á fin de estudiar con detenimiento el partido que podría sacarse de ellas en la guerra. Para nosotros, el punto más delicado que debe estudiarse es el de si la infantería queda muy embarazada en sus movimientos teniendo que atender á la custodia de la sección á ella afecta. Claro es que en tropas que forman parte de un cuerpo ó de una división no significa gran cosa el aumento de carruajes que la sección representa; pero nótese que lo interesante no es averiguar las ventajas de una sección de ametralladoras por cuerpo—pues es una proporción muy escasa—sino resolver el problema de si conviene dotar con ametralladoras la mayor parte de la infantería. Hay que seguir de cerca la marcha de los ensayos que se hagan en Alemania respecto á este particular. Nosotros, juzgando por la primera impresión, diríamos que, en general, no conviene embarazar la infantería con cosa alguna. Pero la primera impresión en estas cosas no debe hacer fuerza alguna; de modo que, repetimos, hay que examinar atentamente lo que hacen los demás, sin perjuicio de hacer nosotros alguna pequeña prueba, para lo cual podrían dotarse con secciones de ametralladoras las guarniciones de Baleares y Canarias. El arma de que hablamos es de las que puede dar muy buenos resultados en momentos críticos, y los intentos de desembarco se hallan en este caso.

El ejército es un organismo de transformación perenne. Si en él se introducen cosas é ideas nuevas sin desechar las viejas, llega á convertirse en una especie de *Rastro* moral y material. Lo hermoso es suprimir antiguallas y elementos inútiles, sustituyendo el hueco por los más convenientes y perfeccionados.

NIEMAND.

14 de agosto de 1901.

INGLATERRA Y TRANSVAAL

(Continuación.)

El avance de lord Roberts hasta Johannesburg atestigua con brillantez aquellas cualidades del ejército británico que hemos hecho resaltar anteriormente con motivo de la marcha desde Bloemfontein á Kroonstad: la resistencia extraordinaria de la tropa durante largas y continuadas jornadas; su destreza en la recomposición de los numerosos destrozos causados en la vía férrea; y la audacia del generalísimo, quien, sin intimidarse ante el peligro que corrían sus flancos y retaguardia, conservó fija la atención en su objetivo y avanzó, hábil y resueltamente, con tropas cada vez más disminuidas por las necesidades, siempre crecientes, del servicio de etapas. Desde la salida de Kroonstad hasta la llegada á Germiston, es decir en ocho días, recorrieron los ingleses, á jornadas de 28 á 30 kilómetros, una distancia total de 240 kilómetros, recomponiendo al mismo tiempo los desperfectos de la vía con auxilio del material oportunamente preparado. Aun la destrucción del puente de Vereeniging duró pocos días, gracias á la

precaución de tener á mano una reserva de armaduras de hierro de luces diferentes. La inseguridad de las comunicaciones no podía ciertamente desaparecer con estas acertadísimas medidas, ni con la disminución de fuerzas en el frente de operaciones; y bien se acreditó así en el combate que durante tres días tuvo que sostener el 13.º batallón de la yeomanry, mandado por el coronel Spragge, que terminó con la capitulación de esta fuerza.

*
* *

La toma de Johannesburg, efectuada por la combinación de operaciones de tres grandes grupos de tropas, produjo la grandísima ventaja de abrir la línea férrea de comunicaciones Durban-Ladysmith-Johannesburg, que era la más corta y segura, alcanzándose al propio tiempo, aunque no en el orden militar, un éxito de importancia esencial con la posesión de las ricas minas de aquella región.

En igual proporción resultó favorecido el factor moral, aumentando, por una parte, la confianza de los ingleses en sus propias fuerzas y, por otra, sobre bases más sólidas, las relaciones entre la dirección superior y las tropas, al paso que decaía el ánimo de los boers. Bien acredita esto último la fuga á Machododorph, estación del ferrocarril de Lorenzo Marqués, del presidente Krüger y otros personajes del gobierno, en 26 de mayo, al saberse en Pretoria el avance de los ingleses. La mayor parte de los funcionarios y muchos habitantes de dicha ciudad siguieron este ejemplo, y fué extendiéndose el pánico hasta los boers armados, que se retiraban en grupos á través de la población, sin que bastaran á detenerlos los esfuerzos del general en jefe Luis Botha, partidario de la defensa á todo trance.

Natural era que en tales circunstancias apresurase lord Roberts todo lo posible su avance á Pretoria. Para vencer la resistencia probable, debía sacarse partido del desorden que imperaba en la capital y procurar al propio tiempo poner en salvo los intereses británicos, seriamente amenazados. Después del descanso que concedió á las tropas en 1.º de junio, emprendió la marcha á Pretoria el día 2, dejando en Johannesburg la 14.ª brigada. Flanqueado á la izquierda por Hamilton y destacando más á retaguardia por el mismo costado la columna French-Hutton hacia Schoevan, al oeste de Pretoria, llegó el día 3 á Six Miles Spruit, á unos 12 kilómetros al sur de la mencionada capital. En su parte oficial describe lord Roberts las operaciones del 4 de julio de la manera siguiente: «He salido al amanecer y he marchado 16 kilómetros hasta llegar á este arroyo (Six Miles), cuya orilla estaba ocupada por el enemigo. La infantería montada (Henry) y cuatro compañías desalojaron al enemigo de la orilla del sur y lo persiguieron hasta que, á una milla de distancia, entraron bajo el fuego intenso de la artillería de los boers, hábilmente oculta. Nuestras piezas gruesas acudieron en auxilio de la infantería, pasando por entre las colinas que rodean á Pretoria, y, apoyadas por la brigada Stephenson y la división Pole Carew, desalojaron al enemigo de sus posiciones á los pocos disparos. Trataron entonces los boers de envolver nuestro flanco izquierdo; pero desbarataron este proyecto nuestra infantería montada y la yeomanry. Como el enemigo, en el ala izquierda, hostilizaba sin cesar nuestra retaguardia, di la orden al general Hamilton, que marcha-

ba á tres millas de distancia sobre mi izquierda, para que conversara hacia mí, cerrando el intervalo entre las dos columnas. El enemigo se replegó en seguida á Pretoria. La llegada de la noche impidió la persecución. La brigada de la guardia se encuentra próxima á los fuertes del sur de Pretoria (Schanzkopfort) y á unos 5 kilómetros de la capital; French y Hutton están al norte de la misma. El general Gordon protege el flanco derecho del ejército en la estación Irene, destruída por el enemigo. Creo que nuestras bajas habrán sido pocas.»

Estos movimientos de los ingleses, la pequeña resistencia que 10.000 boers hicieron en Six Miles Spruit y la circunstancia de no estar terminadas las fortificaciones de Pretoria, revelaban claramente la inmediata capitulación de la plaza. En la misma noche del 4 ordenó Roberts á Hamilton que intimara la rendición á la ciudad. Fué rechazada una tregua propuesta por Botha para estipular condiciones, y exigida por lord Roberts, el día 5 á la 1 de la madrugada, la entrega á discreción, entraron los ingleses en Pretoria á las 2 de la tarde. El grupo principal de los boers se retiró hacia el este, llevándose las piezas destinadas al artillado, pero dejando en manos de lord Roberts la mayor parte de los 4.500 prisioneros allá reunidos; sólo 900 habían sido trasladados á Waterval.

Con la entrada en Pretoria, lord Roberts, merced á su extraordinaria audacia, á la enérgica persecución de su objetivo y al conocimiento exacto del punto débil del enemigo, resolvió su misión en un lapso de tiempo mucho menor de lo que podía creerse. Ciertamente que no logró imponer á su adversario el combate decisivo ni romper de una vez su resistencia. Esquivando siempre el enemigo los combates y retirándose desde Johannesburg y Pretoria á la región montañosa del Tranvaal, tenían los ingleses en perspectiva una serie de acciones sueltas y de amenazas de bastante importancia, si bien de la divergencia de intereses de los boers no podía esperarse la unidad en la dirección de sus empresas. La apertura del paso de Laings Neck por las tropas de Buller y la marcha de Hunter por Ventersdorp á Pretoria reforzaron mucho el frente de operaciones de lord Roberts, que desde aquel momento disponía inmediatamente de los cuerpos de tropas de las alas.

Sin embargo, no era completo el éxito de lord Roberts; y este mismo concepto enunció en Inglaterra, á raíz de aquellas operaciones, la *Gaceta de Westminster*: «Desde el punto de vista militar, no hubiera sido desventajoso que los boers concentraran sus tropas para la defensa de Johannesburg y Pretoria, porque en este caso podían ser destruidos antes de que se dispersaran y se retiraran al monte. Estériles habrían de ser la energía y el arrojo más denodado ante el movimiento envolvente efectuado por los tres grandes grupos de sir Buller, lord Roberts y sir Hunter. Defender á Johannesburg hasta el último extremo significaba sencillamente exponer á la destrucción una parte muy considerable de las fuerzas combatientes. La suerte de la campaña depende de la estrategia y de la rapidez de los movimientos combinados de los diferentes cuerpos de tropas. Para restablecer la paz en poco tiempo, no basta con arrollar á los boers, sino que debe cerrárseles el camino á la zona quebrada de Lydenburg, donde pueden sostener una guerra de guerrillas molestísima, en tanto que dispongan de víveres y municiones.»

Esta idea, de suyo completamente exacta, y el recuerdo de la suerte que cupo en 1870 al ejército de Bazaine por no abandonar á Metz, confirman la opi-

nión muy generalizada de que la conducta de lord Roberts, una vez pasado el río Rhenoster, debió consistir en atravesar el Vaal al este de Vereeniging con el ala derecha muy reforzada, arrojar los boers sobre Johannesburg y Pretoria, cortándoles la retirada al distrito de Lydenburg, y obligarles así a permanecer en una u otra de las dichas ciudades. Predomina, no obstante, en esta crítica la aspiración hacia el objetivo, sin tener en cuenta las circunstancias reales, difíciles de apreciar lejos del teatro de operaciones.

Que este mismo objetivo era el que se había propuesto también lord Roberts, bien claro se deduce de las operaciones de ambos ejércitos colindantes, particularmente del de Buller, las cuales, como hemos dicho antes, no se efectuaban según la iniciativa de sus respectivos generales en jefe, sino exclusivamente con arreglo a las disposiciones de la dirección superior. El fin de las operaciones de lord Roberts, inspirado en los conceptos del moderno arte de la guerra, estriba en la marcha concéntrica de tres ejércitos hacia el objetivo único, Johannesburg ó Pretoria. Si los movimientos se realizaban sin obstáculo y se combinaban a tiempo con gran precisión, se lograba entonces, reuniendo en un momento determinado las fuerzas inglesas inútilmente diseminadas, el objetivo recomendado por los mencionados críticos; se impedía la retirada de los boers, por lo menos hacia el este y el oeste, y en condiciones favorabilísimas se llegaba a la posibilidad de retener al enemigo en una de ambas ciudades, envolviéndole por tres lados. Pero este plan estratégico, completamente exacto, había de fracasar ante la incapacidad de Buller para forzar el paso de Laings Neck y para seguir a la altura de lord Roberts en sus operaciones, demostrándose así que un plan estratégico sólo será conveniente cuando sean practicables las medidas tácticas en las cuales esté fundado.

La misma prueba hubiera suministrado quizá lord Roberts, si después de intentar envolver el flanco izquierdo del enemigo, que tenía enfrente y atento a un objetivo estratégico de extremada importancia, hubiese afrontado desventajas tácticas que podían influir del modo más desfavorable en el curso de las operaciones. Faltándonos el conocimiento de ciertos detalles referentes al terreno y a la agrupación de las fuerzas de su enemigo, sería aventurado el afirmar si era más acertado que lord Roberts, después del paso del río Rhenoster, envolviera el flanco izquierdo ó el derecho como lo hizo en realidad. Recordando, sin embargo, lo que hemos dicho acerca de las dificultades que ofrecía el paso del Vaal al este de Vereeniging, y comparándolas con la facilidad que tenía lord Roberts para ganar la orilla norte agua abajo de este punto, hay que creer que acomodó su plan de operaciones a aquella vía, en la cual se le presentaban las menores dificultades tácticas, permitiendo la ejecución rápida de la ofensiva hasta la capital del enemigo. Al prescindir el generalísimo inglés del otro camino que le prometía éxitos más completos, aun a costa de mayores obstáculos que vencer, procedió con arreglo a los buenos principios del arte, que le aconsejaban atender a las circunstancias tácticas, y durante su marcha de avance a Bloemfontein permaneció fiel a la idea de acelerar sus operaciones para no dejar descanso al enemigo, manteniendo en las filas de éste el desaliento y el desconcierto que habían acreditado durante toda su retirada desde el río Modder.

Revélese en todo su vigor este propósito en el menosprecio de los peligros que amenazaban sus espaldas y flanco derecho y en la férrea tenacidad con que

prosiguió su marcha hasta Pretoria, sin hacer caso de que á retaguardia suya ocurrieran sucesos desgraciados, como los combates de Rundle y lord Methuen, á últimos de mayo, ni tampoco de la necesidad de retirar diariamente fuerzas de su frente de operaciones para la seguridad de su línea de etapas; incidentes todos estos muy apropiados para quebrantar la energía de cualquier otro general con menor noción del verdadero objetivo de operaciones. Un juicio crítico basado en la organización y aptitudes de tropas europeas calificaría de temeridad extraordinaria esta persistencia en el plan primitivo. Sin embargo, la conducta del generalísimo es merecedora del elogio más completo, pues el éxito conseguido con la toma de Pretoria hizo patente que lord Roberts había abarcado con clara ojeada la situación en su conjunto y el estado moral de su adversario, y dejado á un lado todo recelo en obrar de concierto con las circunstancias, probando así que poseía las cualidades del caudillo que va derecho al triunfo. La suspensión de la ofensiva, por haberse detenido sir Buller en Laings Neck ó por las amenazas contra la línea de comunicaciones, hubiera ocasionado probablemente la reunión y la resistencia obstinada de las fuerzas boers, aplazando por mucho tiempo la consecución del objetivo de operaciones que abrigaba en su mente el generalísimo británico. Y si bien los ingleses desde Bloemfontein á Pretoria no acreditaron notables aptitudes tácticas, este avance constituye, sin embargo, el testimonio irrecusable de una dirección bien entendida, enérgica y conocedora del enemigo, que debía ejercer influencia esencial en los acontecimientos de la guerra.

Los peligros que encerraba la ofensiva de lord Roberts hacia Pretoria no se referían precisamente á la disminución de la fuerza de su frente de operaciones con el fin de atender á los servicios de seguridad, pues alcanzado el objetivo con 25.000 hombres, de ellos 15.000 de infantería, y aun cuando no hay datos para discernir sobre la resistencia que pudieron haber presentado las tropas de Botha, puede afirmarse que aquellas fuerzas inglesas eran suficientes para atacar á Pretoria sin la cooperación inmediata de Buller y Hunter. Riesgos mayores ofrecía la amenaza contra las comunicaciones del grueso del ejército inglés, con tanto más motivo, cuanto que durante la marcha de avance no era posible prever si la apertura de la línea de abastecimientos por Laings Neck relegaría á un lugar secundario la importancia de las comunicaciones por Kroonstad.

En efecto, los boers del Estado libre de Orange, mandados por Dewet, que ante el avance de Hamilton se refugiaron hacia Heilbronn, en la región montañosa comprendida entre Lindley y Francfort (montes de Cland), desarrollaron, gracias á las exhortaciones del presidente Steijn, una actividad extraordinaria, débilmente reflejada en el copo del 13.º batallón de la yeomanry, después del combate de Lindley, ocurrido éste entre el 29 y 31 de mayo. A pesar de haber llegado sucesivamente la división Rundle y la división Methuen, completada con la brigada Paget, y de estar disponible la división Colville, en parte desde Kroonstad y en parte desde Vereeniging, la zona de los montes Eland, entre Lindley y Heilbronn, constituyó una base permanente para las empresas hábilmente conducidas por Dewet contra la vía férrea Kroonstad-Vereeniging.

Así, en los primeros días de junio, no sólo fué cortada la línea telegráfica entre Kroonstad y el Rhenoster, sino que el día 5 se levantó un trayecto de vía férrea de 32 kilómetros de longitud. El avance simultáneo de lord Methuen, desde

Lindley, y de las tropas de etapa mandadas por lord Kitchener, desde Vereening, impidió que los boers se establecieran á lo largo de la vía y permitió su reconstrucción. La circunstancia de que también á las tropas inglesas se les había señalado extensas zonas de seguridad, lo cual dificultaba mucho la ocupación con fuerzas suficientes de los puntos amenazados, y la conducta censurable seguida por lord Methuen, hicieron posible que los boers penetraran á través de las tropas británicas de seguridad y realizaran algunos movimientos para impedir la recomposición de la vía y el servicio de etapas, consiguiendo apresar trabajadores, convoyes y, tras encarnizado combate, el regimiento de milicias Derbyshire. Una vez efectuada una de estas correrías, se retiraban los boers á los montes Eland, donde se consideraban libres de todo ataque de los ingleses. El 19 de junio salió Dewet al encuentro de lord Methuen, quien conducía un convoy á Heilbram, pero fué batido y puesto en fuga. Poco decisiva sería esta derrota de los boers cuando el 23 de junio parte del cuerpo de Dewet apareció de nuevo sobre la línea férrea Kronstad-Honnig Spruit, cortó un destacamento inglés de seguridad, atacó el campamento atrincherado del regimiento Shropshire y del contingente canadiense, apresó un tren militar, levantó los rieles y, después de sostener combate con refuerzos acudidos de Kronstad, emprendió la retirada.

También en las inmediaciones de Ficksburg, donde había quedado el general Brabant con sus tropas coloniales, y en Hammonia, á donde se dirigió la división Rundle en socorro de Brabant, aumentaban las hostilidades de los boers, llegando hasta cañonear el campamento de Ficksburg. Estos movimientos fueron dirigidos por el presidente Steijn, que trasladó su residencia á Bethlehem, entre el comando de Dewet, situado en los montes Eland, y el de Villiers, opuesto á Rundle y Brabant, para excitar á la resistencia á todo trance. Estas posiciones de los boers obligaron á los ingleses á constituir con las divisiones de Rundle, Brabant y la 6.^a Kelly Kenny, una red de tropas, al este de Bloemfontein, entre cuyas mallas había de quedar paralizada cualquier operación que intentara el enemigo. No por eso dejaron los boers de atacar repetidas veces la línea férrea, siendo preciso concentrar sobre ella, en las inmediaciones de Smaldeck, la brigada Clements, que á principios de junio había avanzado hasta Senekal.

Todas esas empresas no podían influir de una manera decisiva en el curso y el resultado de la guerra. La permanencia de los boers del Orange en su propio territorio, lo cual en el primer periodo de la campaña acusaba una gravísima falta en la dirección de sus operaciones, conducía en el momento que analizamos á debilitar las fuerzas de Botha y á descartar, por lo tanto, toda posibilidad de oponerse al avance de los ingleses. La acción de los boers orangeses estaba inspirada en los procedimientos de la guerra de guerrillas, con los cuales se molestaba, ciertamente, al enemigo, y se le causaban daños de mayor ó menor trascendencia; pero no eran bastantes para llegar á un éxito de resonancia, porque careciéndose en estas operaciones sueltas de la unidad de pensamiento, gastaban inútilmente fuerzas que en otros puntos del teatro de operaciones pudieran haber atenuado la fatalidad de los acontecimientos. Prueba elemental de ello la tenemos en el hecho de que, mientras los boers del Orange aplicaban todos sus esfuerzos á cortar la línea de comunicaciones Bloemfontein-Johannes-

burg, Buller, por efecto de la inferioridad numérica y desaliento del enemigo que tenía en frente, abrió el desfiladero de Laings Neck y ponía a disposición de lord Roberts la más ventajosa de las líneas de abastecimiento, anulando así el objeto y la influencia sobre el enemigo de todas las tentativas hechas para destruir la vía férrea de Kronstad.

Hemos dejado á Buller á últimos de mayo detenido ante las fuertes posiciones boers de Laings Neck y Majuba Hill, y haciendo preparativos para envolverla por el este, por medio de las brigadas Lyttelton y Hildyard destacadas en Vryheid y Utrecht. Mucho disgusto causó á los ingleses que se apelara á preparativos tan lentos en el momento en que el éxito de la operación ejecutada por lord Roberts entre el ejército principal y el de Natal reclamaba necesariamente que este último avanzara sin interrupción para desarrollar la marcha concéntrica á Joannesbourg que se proyectaba. Como suele suceder cuando los éxitos de un general en el teatro de operaciones no corresponden á los deseos de la opinión pública, cayeron sobre Buller, por este motivo, críticas tan severas como faltas de fundamento, en vista de los datos que los mismos ingleses publicaban acerca de la extraordinaria fuerza de la posición de Laings Neck. Antes bien, esta tentativa de Buller para romper los obstáculos que se oponían á su marcha, recurriendo á una operación contra el flanco izquierdo enemigo, producen mejor efecto que los ataques de frente del mismo general en el Tugela, y precisamente la experiencia por él adquirida en las márgenes de este río explican por qué, después de pesar con detenimiento las ventajas de un ataque de frente y de uno de flanco, se decidió por este último.

El movimiento envolvente de que estaban encargadas las brigadas Lyttelton y Hildyard no llegó, sin embargo, á realizarse en la práctica. No se sabe todavía si la presencia de fuerzas enemigas en las inmediaciones de Wakkerstrom ó el temor de que la ejecución táctica de este movimiento de flanco encontrara poco apoyo en el terreno al este de Majuba Hill fueran las causas que obligaron á desistir de esta operación. Buller limitóse á establecer su artillería frente al enemigo en buenas posiciones que dominaran el Majuba y el Laings Neck, y llamando á las brigadas destacadas extendió y reforzó sus dos alas de manera que pudieran cercar la posición enemiga. Los boers trataron de oponerse á estos propósitos y se produjeron pequeños combates y repetidos cañoneos sin llegar á resultado definitivo.

En esta situación, y también por consecuencia del avance de lord Roberts hasta Johannesburg que obligó á desguarnecer en gran parte la posición boer ocupada al principio por 10.000 hombres, el comandante Christian Botha entabló negociaciones para lograr un armisticio de tres días, lo cual fué negado por Buller, exigiendo la rendición incondicional. Entonces Buller repitió la tentativa de arrollar los flancos del adversario, y á este efecto hizo un reconocimiento por el paso de Botha hacia el Gransvlei Sponit, arroyo afluente del Klip River que descende del Mount Prospekt (en el ala izquierda de la división Clery, la más avanzada). Tuvo éxito este plan, por cuanto el 6 de junio la mayor parte de las fuerzas inglesas reunidas efectuaron un ataque decisivo en esta dirección.

En este día el general Talbot Coke, con la 10.^a brigada y la caballería ligera del Africa del sur, tomó con pocas bajas el monte Banwyke, estribo del Mount Prospekt. En la noche anterior al 7, y á pesar de las enormes dificulta-

des que presentaban aquellas montañas de 2.000 metros de elevación, se guarneció con artillería el monte Banwyke y un estribo al sudoeste del Inkwolo, bajo cuyos fuegos el general Hildyard atacó el 8 de junio la cresta entre el Inkwolo y el paso de Botha. Este movimiento, que, según afirmación de Buller, fué proyectado por el general Hildyard, lo ejecutaron con gran ímpetu las tropas inglesas. El enemigo fué desbordado y vióse forzado á evacuar la posición desde la cual esperaba Buller imposibilitar la defensa del Laings Neck.

El día 9, Buller, sin encontrar apenas resistencia, prosiguió la ofensiva en dirección al valle de Gansvlei, y, extendiéndose el 10 en dirección nordeste, á lo largo de la frontera del Transvaal y Natal, envolvió completamente el Liengs Nech. Tampoco entonces halló gran resistencia el general Hildyard, que mandaba la vanguardia, porque la artillería gruesa de los ingleses dejó sentir sus efectos. El enemigo se retiró en dirección noroeste hacia Paardeberg. El día 12, después de renovar el avance á Volksrust, desde la granja de Joubert (4 millas al sudoeste de Volksrust), se dió parte de que los boers, en número de 3.000 hombres, habían evacuado el día 11 Laings Neck y Majuba Hill.

(Continuad.)

Traducido del «Militär-Wochenblatt» por el

MARQUÉS DE ZAYAS,

Comandante de Estado Mayor.

AVANCE Y FUEGO DE LA INFANTERIA EN EL COMBATE

(Continuación.)

Para el recorrido aproximado de 1 kilómetro, se podrán emplear los siguientes tiempos teóricos:

	Avance rápido. (consumo de 3 cargadores por parada .	Avance lento. (consumo de 6 cargadores por parada).
Salto de 50 m. (20 por km.)	32' 12 ^s	59'
— de 60 m. (17 por km.)	27' 46 ^s	50' 39 ^s

Variando y combinando oportunamente la longitud de los saltos y el número de cargadores disparables por cada tirador en las diversas estaciones de tiro, se ve cuán posible es hacer variar el tiempo transcurrido en el avance.

Por cuanto precede es fácil calcular la diversa intensidad del fuego, que se puede obtener de una escuadra, si se combinan oportunamente la extensión de los saltos, el número de tiradores que en cada uno de ellos se lleva á la línea de fuego y el de cargadores que cada tirador debe consumir en cada estación de tiro.

Número de disparos que pueden partir de una escuadra, por minuto, en las cuatro combinaciones del avance de 50 á 60 metros y con una rapidez de tiro de 18 á 36 cartuchos por estación de tiro.

Número de tiradores sobre la línea de fuego.....	2		3		4		5	
	3	6	3	6	3	6	3	6
Número de cargadores consumidos en cada estación.....								
Saltos de 60 metros (17 por km.).....	612 27',75	1.224 50',7	918 27',75	1.836 50',7	1.224 27',75	2.448 50',7	1.530 27',75	3.060 50',7
Número aproximado de disparos por minuto.....	22	24	33	36	44	48,3	55	60,5
Saltos de 50 metros (20 por km.).....	720 32',2	1.480 59'	1.080 32',2	2.160 59'	1.440 32',2	2.880 59'	1.800 32',2	3.600 59'
Número aproximado de disparos por minuto.....	22,5	25	33,5	37	45	49	56	61

En los límites considerados de 2 á 5 tiradores por cada estación de tiro ó parada, de saltos de 50 á 60 metros y de un consumo de 3 á 6 cargadores por tirador y estación, se ve que el número de disparos con que una escuadra puede concurrir al combate es variable desde un mínimo de 22 á un máximo de 61 por minuto.

En dichos límites resultaría también, para una compañía que hubiese empeñado sus 16 escuadras, una intensidad de fuego mínima de 352 disparos por minuto con 32 hombres constantemente en la línea de fuego, y una rapidez máxima de 976 tiros por minuto con sólo 80 hombres sobre dicha línea.

El número de tiradores que cada escuadra manda á la vez á la línea de fuego podría aún aumentarse, ó también reducirse á uno sólo, con lo cual resultaría casi aumentado ó disminuído en la parte correspondiente á dicho número el término medio de disparos por minuto que acabamos de establecer.

Por lo que respecta al consumo de municiones, es de observar que, con el armamento moderno, en una escuadra destinada á entrar por primera vez en combate se tendría:

14 dotaciones de cabos y soldados: 162×14 . . .	2.268
1 — de sargento.	126
2 sacos de cartuchos: $16 \text{ paq.} \times 4 \times 18 \times 2$. . .	576
Total.	2.970

correspondientes á un término medio de poco más de 200 cartuchos por tirador.

Se ve además que, conteniendo cada saco de municiones 12 paquetes completos de 3 cargadores y 12 de estos últimos sueltos, se agotan totalmente apenas han efectuado su tiro de 8 á 16 tiradores próximamente, según el número de cargadores que cada uno de ellos deba consumir sobre la línea de fuego.

Si los tiradores son cuatro y cada uno debe consumir 6 cargadores, la dotación de un saco se consumirá en el transcurso de cerca 2 saltos, ó sea en 180° á 200° si el avance es rápido, y en 328° á 348° si es lento (de $3'$ á $3' \frac{1}{2}$ en el primer caso, y de $4'$ á $5'$ en el segundo). Importa también pensar en el abastecimiento de los sacos. Es inútil pretender que en tan corto tiempo los abastecedores vayan á proveerse en la carretilla de municiones, en la que será necesario reemplazar sucesivamente los sacos vacíos de la escuadra empeñada (en línea avanzada) por los sacos aún intactos de las escuadras todavía no desplegadas (en sostén); empero, al iniciarse el combate se procurará que la distancia que separa la escuadra empeñada de las demás pueda ser recorrida, entre ida y vuelta, en $3'$, $4'$ ó $5'$, al paso que requiera el desenvolvimiento del mismo.

En $3'$, $4'$ y $5'$ se pueden recorrer, á la carrera, 450, 612, y 765 metros, respectivamente; de donde bastará que las escuadras no empeñadas disten de la que lo esté 225, 300, y 380 metros, según la modalidad del combate. Análogamente, para que el reemplazo de los sacos vacíos, que de la línea extrema vengán á las escuadras en sostén, pueda efectuarse entre los mismos límites de tiempo, las carretillas de municiones no son arrastradas á distancias mayores que las anteriormente indicadas.

Existe aún una circunstancia que facilita el municionamiento, y es que á la cola de las cuatro escuadras destinadas á entrar en último término en el combate están los zapadores, con la misión de recoger los cartuchos de los muertos y de los heridos retirados del campo. Como en el sistema de avance expuesto todos los hombres que componen la escuadra avanzada tienen siempre, salvo el momento en que hacen fuego, su propia dotación al completo, resulta que, por cada hombre fuera de combate, serán siempre, ó casi siempre, 9 paquetes de cartuchos los que vendrán á engrosar la dotación de los sacos; esto permitirá también conservar á retaguardia las carretillas, á una distancia algo mayor que la arriba indicada, sin que por ello se comprometa el completo, regular y constante abastecimiento de las municiones en cualquier momento de la acción.

Cálculos análogos, para el caso de una tropa armada aún con el fusil de 1870-87, conducirían á resultados también análogos. Para asegurar el municionamiento, en el sentido antes expuesto, es suficiente, en tal caso, que las escuadras en sostén se hallen á menos de 400 metros de la línea de fuego.

Traducido de la «Revista de Artillería e Genio» por

N. MARTÍNEZ Y ALOY,

Capitán de Infantería.

(Continuará.)

LA CAMPAÑA DE NAPOLEÓN EN ITALIA

(Continuación.)

Apenas firmado el armisticio, escribió lo siguiente: «Mañana me dirijo contra Beaulieu, á quien obligaré á repasar el Po: yo lo pasaré tras él, me apoderaré de toda la Lombardia y antes de un mes confío estar en las montañas del Tyrol, encontrar allí el ejército del Rhin y, concertado con éste, llevar la guerra á Baviera» (1). En aquella misma fecha, 28 de abril, dió órdenes para establecer las guarniciones en las plazas cedidas y garantir así su base de operaciones, y para poner en movimiento el ejército con dirección al este hacia Torbone. Había llamado á sí las divisiones Macquart y Garnier que, abandonando los Alpes, llegaron por Coni, y con tal refuerzo reunió 35.000 hombres para las operaciones de las plazas antes mencionadas. El juzgaba que Beaulieu tenía 26.000 hombres, y así era, en efecto.

El general austriaco, después de una tentativa infructuosa para apoderarse de Tortone y de Alejandría, con el fin de procurarse puntos de apoyo sobre la margen derecha del Po, se retira á la aproximación de los franceses, pasa el Po por Valenza el 1.º de mayo, y se repliega el 2 detrás del Agogna. El mismo día establece Napoleón su cuartel general en Bosco, Augereau se situa en Frugarolo, Laharpe en Rivalta, Massena en Castellazzo, y Sérurier en Alba, á una jornada á retaguardia.

Desde la conclusión del armisticio, Napoleón, como hemos visto, se hallaba decidido á emprender la conquista de toda la Lombardia: para engañar á su adversario había incluido en su convenio con los piemonteses la cláusula de permitirle franquear el Po por Valenza, y al observar que Beaulieu había caído en el lazo y tomado posiciones detrás de Agogna sobre el camino de Pavía, resolvió aprovecharse inmediatamente de aquella falta y efectuar el paso por más arriba, no solamente para ganar consiguientemente terreno, sino para presentarse por el flanco y retaguardia de los austriacos y envolver de una sola vez sus líneas de defensa del Agogna, del Terdopio, del Tessino y del Lambro. Además, el paso, efectuado así por sorpresa, contaba con mayores probabilidades de éxito.

El día 3 de mayo ordenó Napoleón á su cuartel general de Tortone que formase cuatro batallones de granaderos y dos de carabineros, que deberían estar prontos á marchar el 5: esta tropa escogida era destinada á apoderarse por sorpresa del punto elegido para el paso; entretanto, siguió manteniendo en su error á los austriacos. El 4 conduce su ejército á Castelnuovo, Sale y Bassignana hacia el Po. La víspera escribió al gobernador de Alejandría noticiándole que en breve se presentaría una división delante de Valenza con objeto de pasar el Po: quedaron interceptadas todas las comunicaciones con la orilla izquierda, fueron secuestradas todas las embarcaciones, y por último, las tropas escogidas se reúnen el 4 en Casteggio y quedan á las órdenes del general Dallemagne. El día 5, son enviados al mismo punto 1.500 soldados de caballería, y el ejército empieza á moverse hacia la derecha, á lo largo del Po.

(1) Al Directorio.—Cherasco, 28 abril.

Todas estas medidas demuestran lo muy superior que era Napoleón á Beaulieu en sagacidad y en fuerza de voluntad. El es quien le dicta lo que debe hacer y sabe perfectamente que su enemigo se someterá á su voluntad cometiendo las faltas previstas y que él mismo le haya inspirado. Esta conciencia de la propia superioridad intelectual, que es una de las primeras garantías de la victoria, la tuvo siempre Napoleón, y, como en Italia, lo veremos en Austerlitz provocando, con sus propias medidas, faltas en el adversario, predecirlas con exactitud, é indicar de antemano las ventajas que sacará de ellas. Y sin embargo, nos preguntamos nosotros: ¿Este sentimiento de propia superioridad exaltado por el éxito en progresión creciente, no ha de conducir forzosamente hasta el desprecio hacia el adversario y ocasionar, en consecuencia de ello, faltas irreparables, faltas que podrán ser lo que el desbordamiento es á la impotencia si se comparan á las cometidas por Beaulieu, Brunswick, de Marck y Massembach, pero que no por eso dejan de producir el mismo resultado? El mismo Napoleón lo dijo al verificar su retirada de Rusia. «La costumbre de los grandes éxitos trae aparejados con frecuencia grandes reveses» (1). He aquí otros ejemplos. Esta conciencia de la propia superioridad, llevada hasta el desprecio del enemigo ¿no fué la que impulsó á Federico á empeñar con 34.000 hombres contra 54.000 la batalla decisiva de Kolin? ¿No fué la insolencia del éxito la que llevó á Carlos XII al campo de batalla de Pultava, la que debió sentir Alejandro, la que retuvo á Napoleón en Moscou demasiado tiempo, la que obligó á decir en 12 de octubre de 1813, aproposito de la batalla de Leipzig. «No combatiré más que cuando me convenga: no se atreverán á atacarme?» (2) y por último, ¿no es la que en 18 de junio de 1815 le impidió creer en la llegada de los prusianos?

Federico se aprovechó de la lección: á raíz del desastre de Kolin evacuó la Bohemia, é hizo algo mejor que eso, y fué renunciar en el resto de aquella guerra al proyecto de dictar la paz bajo los muros de Viena, conducta digna de ser tenida por un rey. «Un rey no debe perseguir la victoria como fin, sino como medio de obtener buenos resultados» (3). Pero como un general no debe tener otro pensamiento que el de conseguir la victoria, de ahí que Napoleón, más bien que Federico, deba, en este sentido, servir de modelo á nuestros soldados. El tiempo de arresto que Napoleón, ya soberano, debió imponerse á sí mismo, es el gobierno de nuestro país quien nos lo impondrá. En cuanto á nosotros, el pensamiento capital que debe guiarnos en la guerra es el de conseguir la sumisión completa y absoluta del enemigo, y para ello no debemos cesar en inspirarnos en el ejemplo del hombre que, no habiendo sido nunca más que un soldado, estuvo dominado siempre por el anterior pensamiento, y lo estuvo tanto, que en 1814, casi encerrado en su capital por un enemigo superior en número, exclamó después del éxito de Champaubert: «Si conseguimos mañana sobre Sacken un éxito parecido al logrado hoy sobre Olsonffief, el enemigo repasará el Rhin más deprisa que lo ha pasado, y aun me encuentro sobre el Vístula.» Un general en jefe debe tener ese amor propio, esa imaginación incapaz de contenerse antes de llegar á los extremos límites del éxito.

(1) Ségur: *Historia de Napoleón y del gran ejército*, t. II, pág. 256.

(2) Marmont: *Memorias*, t. V, pág. 273.

(3) *Memorias de Santa Elena*, t. III, pág. 127.

El 6 de mayo inicia su marcha sobre Plasencia. Dallemagne llega á Castel-San-Giovanni; Augereau á Broni, Laharpe con su caballería va de Kilmaine a Stradella; Sérurier permanece delante de Valenza, y Massena en Salé. Dada esta situación, Napoleón se dijo: «Si mi movimiento sobre Plasencia decide á Beaulieu á evacuar la Lomellina, paso el Po tranquilamente por Valenza, y como encuentre barcas ó con que sustituirlas, lo pasaré de noche.» La segunda alternativa le parece la más probable, y luego añadió: «Se me acusará de temeridad; pero no de lentitud» (1). Para poder recibir mejor noticias de ambas alas mantuvo su cuartel general en Tortone, habiendo contribuido quizá otra razón para ello: como el paso del Po por Plasencia era más verosímil que por Valenza y no podía conseguirlo más que por sorpresa, Napoleón estimó razonablemente que debía permanecer su cuartel general en las proximidades de Valenza el mayor tiempo posible para hacer persistir en su error á los austriacos: esta fué una de las numerosas precauciones que no descuidó nunca que quiso ocultar al enemigo un movimiento ya empezado, y de ello veremos un hermoso ejemplo en 1805, en cual fecha empieza por permanecer en París tranquilamente; se traslada luego á Strasburgo, frente á la Selva Negra, y entretanto su ejército emprende el grandioso movimiento destinado á envolver á los austriacos que bordeaban el Iller.

Fué aún necesaria toda la noche del 6 de mayo para que se despejara la situación. Plasencia es el punto definitivamente elegido: sin embargo, ya no puede efectuarse durante la noche el paso del río, sino á las siete de la mañana siguiente. En la noche del 6 expidió Napoleón desde Tortone las órdenes siguientes: Massena se trasladará el 7 á Voghera; Laharpe partirá á las cinco y se dirigirá á Calendasco; Augereau romperá á las seis por Castel-San-Giovanni; Dallemagne, á las cuatro, por Borgo-San Antonio. Aquella misma noche hizo reconocer la orilla del Po y reunir algunas barcas. El 7, á las cuatro de la mañana, parte Dallemagne con su destacamento, acompañado del general en jefe, y á las nueve llega á Plasencia. Véñese en la orilla opuesta únicamente unos 150 caballos austriacos. Napoleón está seguro de poder verificar el paso por aquel punto y da inmediatamente á sus subordinados la orden de acudir á marchas forzadas. Dallemagne comienza en el acto á pasar el río, y á las dos de la tarde está en posiciones sobre la otra orilla. La empresa ha tenido buen éxito y Napoleón puede permitirse esta broma: «Bouliou está desconcertado: calcula bastante mal, y cae constantemente en los lazos que le tiendo» (2). La división Laharpe pasa en seguida.

El mismo día se evaden aún los franceses á la inspección de la vanguardia de Beaulieu, quien, el 4 de mayo había enviado á Siptay con 5.000 hombres hacia adelante para asegurar la protección de la orilla izquierda, y él mismo lo verifica el 6 por Gropello. Siptay llega el 7 á Guardamiglia y rechaza á los franceses hasta el Po. El 8, á la una de la tarde, Napoleón, que considera tener fuerzas bastantes para ello, toma la ofensiva, rechaza sobre Pizzighettone el destacamento enemigo que había tomado posiciones en Fombio y lo derrota en parte. Por la

(1) Al Directorio.—Tortone, 6 mayo.

(2) A Carnot.—Plasencia, 1.º de mayo.

noche, Laharpe permanece en Codogno, y Dallemagne avanza hasta Pizzighettone. A las diez, un nuevo destacamento austriaco que llega por el camino de Casalpusterlengo, cae sobre los puestos avanzados de Laharpe y los arrolla, pero es rechazado bien pronto: había salido de Belgiojoso apresuradamente á medio día por orden de Beaulieu, al tener éste noticia de que los franceses habían pasado el Po. Laharpe encontró la muerte en aquel combate y fué reemplazado por Menard. Advertido Napoleón de este incidente no se inquieta por él y presume que «quizá quiera Beaulieu presentarme la batalla, porque ese hombre tiene la audacia del furor ya que no la del genio» (1).

En efecto: Beaulieu había tenido la intención de intentar un ataque general, para el que dió las órdenes oportunas el 8 por la noche; pero mejor informado sobre los acontecimientos, reconoció que no tenía reconcentrado su ejército para dar la batalla y, pasada la media noche, dió contraorden y empezó la retirada á espaldas de Adda, tomando posiciones en Lodi. Napoleón empleó todo el día 9 en hacer pasar el Po á las divisiones Massena y Augereau, la última por Veratto, y en hacerlas avanzar sobre Lodi. Augereau llegó á Borghetto; Massena á Casalpusterlengo; Dallemagne quedó en Zorlesco á las órdenes de Massena; Ménard reemplazó á Dallemagne en Maleo frente á Pizzighettone. Napoleón abandona á Plasencia durante la noche y llega el 10, á las tres de la madrugada, á Casalpusterlengo, é inmediatamente lanza á Dallemagne sobre Lodi, y al saber luego que ya está ocupado por los austriacos, acude allí en persona con las divisiones Massena y Augereau.

Beaulieu había continuado de una vez su retirada sobre Cremona sin dejar en Lodi más que una retaguardia de 7.000 hombres. Napoleón llega á las once y media delante de la ciudad, dando caza á los austriacos, y á las seis de la tarde forma aquella columna cerrada que, tras una corta preparación por la artillería, se arroja sobre el puente y se apodera de él, con una rapidez sorprendente, á las siete de la noche, con esfuerzo irresistible. Esta operación, que el mismo Napoleón juzgó ser la más atrevida de la campaña, fué también la que le inspiró imperturbable confianza en su estrella, y, ya en Santa Elena, decía: «Vendimiarío y Montenotte no bastaron á que me considerase un hombre superior, y únicamente después de Lodi tuve la idea de que podría llegar á ser un actor decisivo en nuestra escena política: entonces fué cuando brotó la primera chispa de mi alta ambición» (2).

Se comprenderá mejor que Napoleón tuviese tan absoluta confianza en sí mismo si se tiene en cuenta que esperaba encontrar en Lodi á todo el ejército austriaco decidido á cortarle el paso y que aún aquella misma noche, después del combate, creyó haber batido al grueso de aquel ejército. Aunque esto no fué así, Lodi nos demuestra, sin embargo, que la audacia prevalece frecuentemente sobre la prudencia.

(Continuará.)

(1) A Carnot.—Plasencia, 8 mayo.

(2) Las Casas: *Memorial de Santa Elena*, t. I, p. 193.